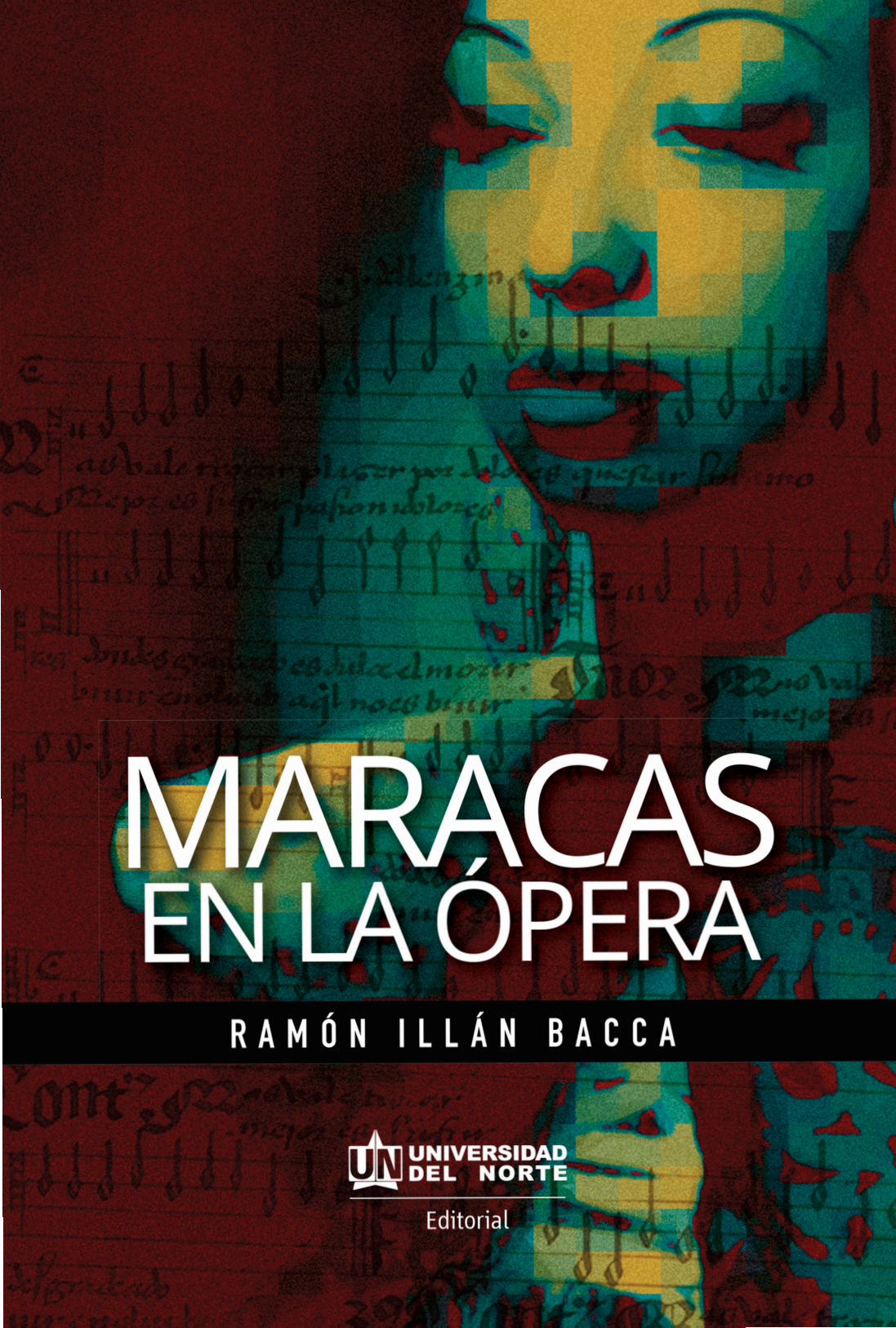


The background of the cover is a complex, abstract composition. It features a central, stylized face rendered in a mosaic of yellow, green, and red pixels. The face has a serene expression with closed eyes and a slight smile. Overlaid on and around the face are various musical elements, including black and white musical notes, stems, and clefs, suggesting a connection to music. The overall color palette is dominated by dark reds, greens, and yellows, creating a rich, textured effect.

MARACAS EN LA ÓPERA

RAMÓN ILLÁN BACCA



UNIVERSIDAD
DEL NORTE

Editorial

Maracas en la ópera

Maracas en la ópera

RAMÓN ILLÁN BACCA

Área metropolitana
de Barranquilla (COLOMBIA), 2018

 **UNIVERSIDAD
DEL NORTE**
Editorial

Bacca, Ramón Illán, 1938-

Maracas en la ópera / Ramón Illán Bacca. – Barranquilla,
Colombia : Editorial Universidad del Norte, 2018.

210 p. ; 24 cm.

ISBN 978-958-741-972-6 (impreso)

ISBN 978-958-741-973-3 (PDF)

ISBN 978-958-741-974-0 (ePUB)

1. Novela colombiana-Siglo XX.

(Co863.44 B116) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2018

Ramón Illán Bacca

Coordinación editorial

Zoila Sotomayor O.

Diseño y diagramación

Munir Kharfan de los Reyes

Corrección de textos

Henry Stein

Impreso y hecho en Colombia

Imageprinting (Bogotá)

Printed and made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CONTENIDO

1	Un mal paso de Oreste
17	Dos mundos y un encuentro
43	La casa nograta
59	El conde usaba antifaz
77	Negra soy, pero hermosa
97	El conde Nado
113	Las damas no lo eran tanto...
131	El peso de una casa
145	Una discutible condesa, una herencia segura
157	Zaira, la serpiente
171	<i>Memento Mori</i> , ¡qué vaina!
201	Los nipones llegaron ya...

CAPÍTULO I
UN MAL PASO DE ORESTE

Los caballos azules se acercan y él, con sus manos extendidas, trata en vano de alejarlos; los corceles prosiguen de frente, lo derriban y galopan sobre su cuerpo destrozado. Con sus cascos y su cola de oro, el jefe de la manada le golpea la frente repetidas veces.

En su cama estilo barroco-pastuso Oreste grita feroz, suda, tiembla y escucha, cada vez más cercano, el ruido de la máquina maldita que desde hace varios días se ha convertido en su enemigo noctámbulo: catástrofe inminente que se anuncia diez cuerdas antes de llegar; estallido del Vesubio al pasar frente a la ventana; estrépito ominoso que se prolonga durante diez cuerdas más.

Esta vez decide satisfacer su curiosidad y se asoma para identificar el ente que desata sus instintos asesinos: con su casco de piloto a lo Lindbergh, no es más que el viejo vigilante nocturno sobre una

asmática y añosa motocicleta, sin silenciador, que a esa hora se dirige hacia su turno en una de las fábricas de la vía Cuarenta.

La ciudad empieza a despertarse: llega ya a la esquina a recoger obreros el camión cuya bocina toca el tema de «El puente sobre el río Kwai». Después de unas ruidosas gárgaras, el tenor del edificio de enfrente infructuosamente intenta de nuevo el agudo de «Granada». Mientras el pito persistente del bus escolar llena toda la cuadra, una madre grita a su legión de chiquillos bulliciosos las últimas recomendaciones.

¡Ah, ciudad prócera e inmortal, cuya única tradición perdurable es la bullaranga! Todo lo anterior es soportable, menos que Fortunación Retamozo, esa vieja puta heredada junto con su casa, resuelva también madrugar y se siente al piano (ese viejo Steinway de semicola, de tantos buenos momentos testigo olvidado y mudo). No, no quiere oír esos añosos valeses, bambucos y porros, ni esa forma sofisticada del bolero, su irreconocible Chopin.

Todo marcha mal ese día, y nada mejor que un buen baño de agua tibia en la bañera de patas floreadas, ubicada en ese cuarto de azulejos con lotos acuáticos en el piso y nenúfares en las paredes, y un vitral pequeño a través del cual entra una claridad matizada. Un lugar perfecto. «¿De dónde sacó tan buen gusto la abuela Bratislava?», se pregunta por milésima vez. Pensar que será la última vez

que podrá darse ese lujo, ¡ya que al día siguiente la casa no será suya! Aleja el mal pensamiento y decide gozar intensamente del instante mientras el jabón, fragante y espumoso, corre sobre su cuerpo consentido y cincuentón. Primero bajito, en forma discreta, y después a todo pulmón tararea una de las canciones de los Cosacos del Don.

«Ah, si no fuera por los rusos, los bajos no tendríamos repertorio». Un motivo para aumentar la tristeza es la maldita geografía, porque si hubiera nacido en Austria o Italia sería uno de los más cotizados cantantes de ópera, que bajos no hay muchos.

«Eres mejor que Chaliapin», le dijo su profesora de canto al entregarle el diploma en Bellas Artes. ¿Pero qué es ser un bajo en Barranquilla? Fuera de cantar «Babalú» en un programa de aficionados en las Emisoras Unidas, no hay otra oportunidad para el lucimiento.

Pero él hizo lo que estaba a su alcance. ¿No había actuado en Bogotá en esa ópera-engendro, un rescate de una obra inédita de Augusto Azzali —que todos los años arrojaba una nueva obra oculta en los desvanes de la Biblioteca Nacional— en su primera y única presentación? ¿No había sido él un brujo perverso, con un disfraz de inspiración muisca que incluía una especie de tocado con una mazorca en la cabeza cantando un recitativo de inspiración telúrica? Reconoce que la parte donde la

princesa india coloca en una canastilla al hijo producto de su desliz con el capitán español, mientras él desde lo alto de una colina le lanza maldiciones, no es un mal dueto; tal vez es lo único que se salva de ese bodrio. Así lo reconocieron sus compañeros del elenco, pero el crítico musical que firmaba como «El Fantasma de la Ópera» solo tuvo elogios para el barítono afeminado que hacía el papel del enamorado chibcha de la cacica.

La aventura musical concluyó con un pequeño contrato en el Balalaika, donde trataba de enternecer a las parejas de enamorados con una versión lacrimosa de «Ochichornia» para hacerlos generosos con las propinas. Y se hubiera quedado en la capital, en una bohemia con fondo de guabinas, si no hubiera sido porque en una ocasión uno de los clientes, Agamenón Rosado, le gritara:

—Oye, Oreste, tu partitura está en Villa Bratislava, ¿qué diablos haces aquí?

Al día siguiente regresó a Barranquilla. Hasta ahí había llegado su carrera operática. Las otras propuestas para actuar —que las había habido— le llegaron cuando, enterrada toda ambición artística, estaba entregado al disfrute de la casa heredada de la abuela. Nunca más volvió a cantar en público.

¿Y cómo había sido ese disfrute?, se pregunta mientras, desde lo alto del corredor, mira la escalera presuntuosa de anchos escalones que desembocan en lo que había sido alguna vez el Salón

Amadeo. Pero ahora falta ese gigantesco Eros de ébano que presidía el lugar. Tampoco está en el corredor de las *demi-mundanas*, la Venus de Milo traída de Italia ni los gigantescos cuadros al óleo —de un pintor que había sido discípulo de Andrés de Santamaría— que representaban *El juicio de Paris* y *Susana ante los jueces* ¿Y qué de la gigantesca araña del Amadeo? ¿Y los vitrales de la puerta, traídos de Viena, con motivos de *Mucha*, ahora reemplazados por unos denigrantes cartones, adónde habían terminado?

Se podría titular «El hundimiento de Villa Bratislava». Todo se reducía a un nombre: Piedad del Carmen González, nombre trivial como lo era ella, pero que él, amante del gran espectáculo, había convertido en heroína de ópera.

El nefasto encuentro se dio en aquella fecha del estreno de *Rigoletto* en la ciudad. Él, en su condición de socio de los «Amigos del Arte», organizó el evento, y por eso, satisfecho y enfundado en su esmoquin negro, que le quedaba estrecho, contempló esa noche cómo un numeroso público acudía, no por estar interesado en la ópera, sino porque las boletas para la campaña contra el beriberi colocadas por las Damas Grises habían sido demasiado caras.

Por los comentarios de la prensa los días siguientes llegó a la conclusión de que no fue el único desconcertado con ese montaje revolucionario de la obra. El director de escena, un alemán

de apellido Decker, había trastocado todas las tradiciones. ¿Qué diablos hacían unos agentes de la Gestapo en una fiesta del siglo diecisiete?; y en esa orgía, ¿por qué aparecían unos arlequines y polichinelas tipo carnaval de Venecia siglo dieciocho? Después de un instante comenzó a entender que el propósito era señalar la índole corrupta del poder en todas las épocas. Una especie de pensamiento filosófico subrayado con la música de Verdi.

En la orgía, una de las muchachas del coro quedaba con los senos al aire. Suspiros ahogados de los asistentes y completo empañamiento de los lentes de la presidenta de las Damas Grises, una señora de pelo azul y perlas negras. Uno de los comentarios de *El Nacional* al día siguiente firmado por Casimiro Perplejo terminaba diciendo que era «una ópera *punk*», concepto que no entendió. Pero el escozor para los tradicionalistas creció cuando el Duque cantó un «Ella me fu rapita...» y apareció una monja vicentina de gran corneta ofreciéndole una chica muy joven para que se consolara. En el entreacto y en el foyer, los comentarios, generalmente condenatorios, se interrumpieron cuando la frase «nada de eso mijá, orgía es orgía» dicha en un tono altísimo por una joven mulata de un vestido color blanco con bolas negras (a lo Rita Hayworth en *Gilda*, pensó), hizo que la mirara con atención. Desde ese instante estuvo perdido. Ya en el resto del espectáculo lo único que quería era la muerte

rápida de la heroína y que se acabaran todos esos gorgoritos.

No subió después al escenario, como era su deber, a felicitar a los artistas, ni se reunió, como era tradicional, con el notablato a comentar el evento en el bar del Hotel del Prado. Nada de eso; esa noche él, Oreste Segundo Antonelli-Colonna Palacio, descendiente de Sciarra Colonna, el conde que abofeteó a Bonifacio VIII, corrió indignamente, como solo lo hace la pasión insatisfecha, detrás de la mulata de las bolas negras. Después de algunas peripecias, como la clásica zafada que ella le hizo a su acompañante, un joven atlético experto en taekwondo, los dos terminaron en la heladería Americana; él tomando un *chervé* de limón y ella una cerveza. Ahora, mientras baja la escalera, recuerda que a ella se le podía acusar de todo menos de no haber sido franca, pues en esa ocasión le aclaró de entrada: —Algunas muchachas nacen orgánicamente buenas, yo no.

Quedó totalmente flechado. Cualquiera diría que parecía una secuencia de *El ángel Azul*. Pero no, él no era ningún profesor Unrat. Él le había sacado partido a su porte distinguido, color aceituna y ojos verdes. Sus recuerdos estaban poblados de sirvientitas apetitosas y en celo de la casa de las tías; masas antonas de la calle de las Piedras; empleaditas del supermercado Ley que se dieron sus revolcones con él en el Hotel Esperia; esposas aburridas a

quienes consoló en el barrio Santa Fe de la capital; indígenas wayúus que había comprado en Marayamana en su corto paso por la burocracia como empleado del censo; una profesora inglesa que le decía que él era el *latin lover* ideal; otra profesora de francés que resultó ser marquesa o algo así, pues cuando pelearon le sacó a relucir sus blasones, que decían «Post Pluvia Phoebus». Una legión de caras olvidadas que no daban ni para cantar un bolero, pequeños encuentros que se prolongaron durante décadas y que no le dieron tiempo para formalizar matrimonio con alguna chica ni demasiado alta ni demasiado fea ni demasiado pobre. ¡Y ahora esto!

«La vida no da lo que se quiere en el momento apropiado, a veces sí, pero paulatinamente», ha sentenciado Agamenón Rosado.

Sus pensamientos se interrumpen cuando se topa de frente con Fortunación Retamozo, quien lo saluda con un gélido “buenos días”. La sigue con la mirada mientras la ve caminar con su ondular de caderas dispuesta a llamar la atención de las personas serias y que, a sus setenta años, es del todo superfluo. Ella es una de las damnificadas. Después de cincuenta años de vivir en esa casa, mañana no tendrá adónde ir. Decide tomar una aspirina contra el dolor de cabeza que se insinúa.

Desde el principio Piedad del Carmen demostró un encanto indudable. Así fue la primera noche en que hicieron el amor mientras oían a todo

volumen «Samba pa ti» de Santana, ese disco cuya cubierta ilustrada con un cuadro de Moreau representaba una maravillosa negra ofrendada a Abrahax por un nervudo gigante. Fue la única de sus amantes que le celebró el «Play it again, Sam» al pianista del Caribanna antes de que este arrancara con el tema de *Casablanca*.

Y por supuesto, los ligó el amor al cine. Incurrieron en las salas de cine en busca de películas viejas, y al final terminaban en unas encendidas discusiones. Le parecía mala la doble actuación de Dolores del Río en *La Otra*, pues reproducía sus tics tanto como empleadilla que como la millonaria señora que recorría esas largas escaleras, arquitectura del nuevo riquismo de la posguerra.

Odiaba la escena de la bofetada de Glen Ford a Rita Hayworth en *Gilda*, se burlaba de las carreras de Marcelo Mastroniani buscando un apartamento desocupado para llevar a la cama a Anita Eckberg en la *Dolce Vita* y, por supuesto, le parecía fatal esa versión mejicana de la *Fierrecilla Domada* en la que María Félix termina como soldadera siguiendo a pie el caballo de Pedro Armendáriz.

Por lo general, todas esas discusiones eran el prelude de unas cópulas feroces en los lugares más insólitos de la mansión (en el viejo diván del belvedere, en la bañera de estilo moro de una de las recámaras de las *demi-mundanas* y de pie, detrás del portón que daba al traspatio). En esos instantes

sabía que estaba disfrutando de los catorce momentos de felicidad, ni uno más, que según el califa Abderramán nos da la vida.

¿Cómo iba a notar, ciego como estaba de la pasión, la capacidad de consumo que se había desatado en la muchacha? Los modelos exclusivos de Donace Shop y Toby Setton se acumulaban en su ropero. ¿Cuánto había costado ese disfraz de princesa tayrona de la comparsa «Disfrázate como quieras» en el pasado carnaval? Y él, que nunca había comprado carro, terminó con un Mazda flamante que le obligó a vender las casas del centro heredadas de la abuela, porque ella lo convenció con un «Tú no puedes permitir que a tu bomboncito la estén pellizcando en los buses, ¿verdad?»

Y así empezaron a salir las esculturas y muebles comprados por la abuela en los veinte, maravillas del *art decó*, para felicidad del dueño de Ars Antiqua, que cada vez que se lo encontraba le hacía unas reverencias sospechosas, de esas que siempre delatan al malo de la película.

Pero él estaba ciego. De nada valían las recriminaciones que Fortunación Retamozo le hacía con insistencia. «Son solo corotos», dijo la vez que se llevaron las ninfas, obra de Tobón Mejía, quien antes de partir para Europa se las había vendido baratísimas a la abuela, ojo de lince para los negocios. Pero qué importaba que se despoblara de *bibelots* la casa si muchas veces el amanecer los encontraba

sentados en la alfombra tomando coñac, oyendo viejos boleros y hojeando gruesos libros de arte, en los que ella demostraba una extraña devoción por Remedios Varo y Frida Khalo, de quien le hizo comprar todas las biografías. Era indudable que también estaba sintonizada con la hora del mundo.

Ahora, mientras da vueltas en el espacioso salón, y a lo lejos se oye en la radio una deshuesada versión de «Allá en el Rancho Grande», cantada por Julio Iglesias (él superpone en el recuerdo la versión de Tito Guizart oída en el gramófono de la abuela), se pregunta en qué momento se desplomó el paraíso.

Se le hace presente aquella noche en que ella estalló mientras él, inocente de todo, oía unas arias wagnerianas.

—Con tantas cayenas y matarratones. Con tigres, plátanos y las *misses* del Amazonas en la televisión y tú empeñado en oír a Kirsten Flagstad —le dijo.

Él creyó que era una chanza y le contestó que pondría a la amante del plátano, Josephine Baker. La puerta se cerró con fuerza. Esa noche no vino a dormir.

La reconciliación, que costó un viaje a Cartagena y una semana en un hotel carísimo, no fue definitiva. (En realidad se alojaron en un caserón adaptado que había sido antes la casa de recreo de un “marchand” neoyorquino amigo de Greta Garbo,

Yoko Ono y la condesa de Rothschild, célebres visitantes incógnitos de la ciudad. Del dueño decía la cronista del *Daily News*: «Art dealer and inty-intimate of the beau monde», y añadía, «all terribly, terribly private, you understand»). En realidad, la reconciliación era un armisticio. Ella exigió matricularse en el ballet de danzas folclóricas con clases todas las noches de la semana.

— Así podrás oír todas las sopranos que quieras —le dijo con voz de abadesa y en tono de burla. Él cedió, pero empezó a preocuparse cuando ella comenzó a llegar cada vez más tarde y la excusa de la presentación en el Teatro Municipal fue haciéndose menos convincente.

Se desató una tormenta cuando en una ocasión alcanzó a distinguirla con un muchacho, a todas luces un bailarín por lo armonioso de su figura, con quien tenía toda clase de familiaridades mientras se tomaban unas cervezas en El Mediterráneo. La prisa por llegar al banco antes que lo cerraran le impidió bajarse del bus ahí mismo y formarle un escándalo. Pero lo hizo cuando regresó, y solo después de oírla lloriquear durante un largo rato se calmó. Fue la última vez que hicieron el amor.

(Siempre le había preocupado saber cuántas monedas de oro, con su peso y sonido metálico, podían caber en forma literal y concreta en el sexo de una mujer. De haberlo sabido, le hubiera dado su justo pago, ni una moneda más).

Sin embargo, una noche, exasperado porque su demora era mayor que de costumbre, salió a buscarla al teatro. El portero lo miró extrañado mientras le contestaba:

— ¿Cuáles ensayos?, ¡si ya hace más de un mes que se terminaron!

Creyó enloquecer. Se devolvió a la casa y recogió el pequeño revólver que guardaba en la mesa de noche. Mientras daba vueltas en el taxi tratando de dar con la dirección del bailarín, la radio transmitía un viejo bolero de Beto Granados:

*Voy gritando por la calle
que no me quieres,
que no me quieres...*

Le pidió de mala manera al chofer que cambiara la emisora; este rezongó, pero lo hizo. Encontró las puertas del edificio abiertas y subió los tres pisos corriendo por la escalera. En el primero era un tigre, en el segundo un león y en el tercero un tiranosaurus rex. Golpeó la puerta del apartamento indicado, y cuál no sería su sorpresa cuando vio que salía un jovencito andrógino vestido tan solo con un calzoncito de lunares diminutos. Gritó preguntando por Piedad del Carmen, la coya, la mesalina, la puta esa. El Ganimedes criollo contestó con un calmado:

— ¿Pero de quién está usted hablando?

Dudó si seguir hacia adentro y emprenderla a pescozones contra el efebo o golpear las puertas de los apartamentos vecinos. Como un eco lejano oyó cuando la voz aflautada del joven le decía:

—La mujer que usted busca se fue con el director, su amante, a Curazao.

Desde el fondo de los aposentos apareció un hombre alto, acuerpado, con gafitas redondas a lo John Lennon y un machete en la mano. No intentó, ni por un instante, entablar una conversación, sino que al fin entendió qué significaba poner pies en polvorosa. En la esquina tomó conciencia de que él estaba mejor armado.

Y así, en El Rico Vacilón, mientras borracho rompía vaso tras vaso —que con una timbrada de la registradora cargaban metódicamente en su cuenta— vio llegar un amanecer cargado de nubarrones, amenazas de lluvia, de esas lluvias trágicas con arroyos turbulentos que se llevan por delante carros y donde se ahogan los imprudentes.

Dando traspiés, de pronto se quedó quieto observando a un viejo que con un *spray* escribía un *graffiti*: «Después de carnaval, paro nacional». Le pidió prestado el aparato y escribió en la paredi-lla recién pintada un «Te odio, Piedad» con letras monumentales; letrero que daría origen a un drástico decreto de la alcaldía contra los que dañaban la cara de la ciudad. También a un largo y confuso artículo de Agamenón Rosado en *La Prensa*, en